



PARÍS: LECCIONES SOBRE CONTROL DE CAMBIO, ESTATISMO Y GOBIERNO MILITAR

Alan Riding: *Y siguió la fiesta: la vida cultural en el París ocupado por los nazis*. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores. 2013.

Antony Beevor y Artemis Cooper: *París después de la liberación: 1944-1949*. Barcelona: Crítica. 2003.

TOMÁS STRAKA, profesor de la Universidad Católica Andrés Bello

Era casi el mejor negocio del mundo: oficialmente, un dólar podía comprarse por 119,1 francos y en el mercado paralelo costaba 250. Por la rigidez del control de cambio, el francés promedio no podía acceder —o accedía con grandísimas dificultades— a los dólares con los que ansiaba proteger sus recursos. Mientras el franco no paraba de devaluarse —en 1939 un dólar costaba 39,84 y para 1949, en el mercado oficial, ya estaba en 350— la moneda americana se convertía en reina del mundo. Eso por el lado de la demanda. Por el de la oferta había miles de soldados estadounidenses que cobraban en dólares y estaban exentos del control de cambio y de los derechos de importación. Es decir, la oportunidad de oro para el mercado negro: los soldados vendían su paga a los franceses en el mercado paralelo y, después, volvían a comprar dólares en el mercado oficial, con lo que duplicaban sus ingresos.

No fue la primera ocasión en la que un control de cambio con exenciones especiales para un sector terminaba convirtiéndose en un estupendo negocio, al menos para esa minoría. Tampoco —como sabemos los venezolanos de hoy— será la última. Un quinquenio antes habían sido las autoridades alemanas de ocupación las que unilateralmente devaluaron el franco frente al *reichmark*, al bajarlo de doce a veinte por marco imperial. Eran los días felices —para el Tercer Reich— de 1940, cuando la guerra parecía un paseo de triunfos por Europa y aún la clase media y los ricos de Alemania podían darse el lujo de ir a disfrutar un poco de París. La consecuencia fue el despliegue de un ejército de turistas —junto al militar— dispuesto a gastar montones de dinero en perfumes, vestidos, joyas, espectáculos, obras de arte y no poco de sexo (en lo que París

tenía una oferta abundante y diversa, que las penalidades de la guerra había ampliado con mujeres y unos cuantos hombres que antes no participaban: la llamada *collaboration horizontale*). Otra vez, un fenómeno que resulta familiar: el de los ta'barato de la década de los años setenta, incluso con su epílogo de los primeros días de Cadivi, esos de un dólar con dos bolívars.

Los episodios vienen a colación no solo porque revelan aspectos de la Segunda Guerra Mundial normalmente omitidos, pero que a la larga resultaron ser tanto o más importantes que las batallas, sino que también porque ofrecen datos para comprender problemas más amplios, algunos tan importantes para el venezolano de hoy como el del control de cambio y sus consecuencias. Desde la década de los setenta la historiografía profesional europea y norteamericana comenzó a desarrollar un análisis revisionista de ese período, para entonces —y en buena medida hasta hoy— dominado por imágenes autocomplacientes y maniqueas, cosidas a la medida del «honor nacional» de cada Estado (o, a veces, de cada partido). Por supuesto, no nos referimos al revisionismo seudocientífico de los neonazis que niegan la existencia del Holocausto, sino a la obra de historiadores de la estatura de François Bédarida, Robert Paxton o Ian Kershaw, dispuestos a enfrentar las verdades oficiales con gran acopio de documentos y afilada crítica histórica.

Por eso los europeos hoy saben cosas de sus abuelos y bisabuelos que ellos prefirieron olvidar —o al menos ocultar— como la extensión del antisemitismo y el fascismo en toda Europa, la popularidad de Hitler en Francia o la complicidad con los nazis de comunidades que canónicamente aparecían como víctimas (por ejemplo, polacos o letones matando judíos, la policía

francesa entregándoselos a las SS, judíos con gendarmes al servicio de los nazis en el Ghetto de Varsovia). Las investigaciones arrojan inquietantes datos sobre víctimas que actuaron como victimarios en cuanto tuvieron la oportunidad (checos matando alemanes en 1945) o sobre los intereses detrás de la guerra (¿a quién no le gustaría ir a un cabaret en París en plan de conquistador?), que solían incluir inmensos negocios para muchas empresas honorables, que en demasiadas ocasiones no dudaron en usar mano de obra esclava provista por los campos de concentración.

Esto no niega que hubiera habido heroísmo, que la lucha por los valores democráticos fuera un aliciente muy importante o que pueblos enteros —el polaco, el finlandés o el ruso— vivieran una verdadera gesta. El punto es que todas estas manifestaciones fueron necesarias por las hondas crisis política, económica, social y ética que venían sacudiendo al mundo desde la Primera Guerra Mundial, y que terminaron por incendiarlo en una sucesión de conflictos, a cual más genocida, entre 1931, cuando Japón invade Manchuria, y 1950, cuando termina la Guerra Civil en Grecia, pasando por la Guerra Civil española, la invasión de Etiopía y la Guerra de Invierno ruso-finesa. En alguna medida, todos forman parte de un mismo proceso y terminan desembocando en la Guerra Mundial hasta el reacomodo que significó la Guerra Fría (1950 es, también, el año cuando comienza la Guerra de Corea). Películas como la holandesa *Lista negra* de 2006, la checa *Yo serví al rey de Inglaterra*, también de 2006, la francesa *Monsieur Batignol* (2002) o la muy famosa *El pianista* de Roman Polanski (2002), por nombrar solo algunas que estuvieron al alcance del público venezolano, son todas hijas del actual revisionismo

reseña

histórico y revelan la dimensión moral que encerró —y en gran medida definió— al conflicto bélico.

Desde otro costado de la industria cultural, los *best sellers* del británico Antony Beevor también son contribución a este esfuerzo. Poseedor de una prosa que atrapa al lector, como si disfrutara de novelas de aventuras o policiales, se ha dedicado a revisar las grandes batallas —sus dos libros fundamentales han sido *Berlin: la caída 1945* (2002) y *Stalingrado* (1998)— con el acopio documental que ha hecho posible la desclasificación de muchos legajos en los archivos de Occidente y sobre todo el acceso a los papeles soviéticos después de la caída de la Unión Soviética. Atento a una variedad de fuentes que hasta hace poco no interesaba a los historiadores —diarios personales, cartas de soldados rasos, filmografía, testimonios de testigos— ofrece miradas muy humanas, en las que es difícil distinguir arquetipos de maldad o bondad (aunque los hay). Así, del mismo modo que el heroísmo del Ejército Rojo no se niega, ni se niegan las masacres cometidas por los alemanes en Rusia, tampoco se niega, por ejemplo, el genocidio y el estupro generalizado que los soviéticos cometieron en Prusia Oriental (por poner un caso que ha generado indignación en algunos rusos).

Como sus libros son verdaderos *best sellers* se han ido traduciendo poco a poco al español. Así, finalmente pudo llegar a Venezuela *París después de la liberación: 1944-1949*, editado inicialmente en inglés en 1994. Es un relato escrito a dos manos con su esposa, la también escritora Artemis Cooper, sobre la vida parisina desde la llegada de los aliados hasta el final de la administración de Henri Queuille, cuando la Cuarta República, de carácter esencialmente democrático-liberal, logra consolidarse otra vez frente a las presiones que ejercían los comunistas y los gaullistas en un clima de guerra civil. De nuevo, el cuadro que presenta está lleno de claroscuros en el que aparece una nación muy desencantada con su élite política, que pronto debe enfrentarse a la humillación de su veloz derrota en 1940. El abatimiento termina por promover una mayoritaria resignación (y en no pocos casos entusiasmo) por la ocupación alemana y la *Revolution Nationale* de Henri Philippe Pétain.

Mucho más reciente es el trabajo de Alan Riding, un periodista inglés

que se había especializado en América Latina hasta que fue transferido a Francia como corresponsal. Allí comienza a interesarse por la experiencia de la ocupación y el régimen de Vichy. Al investigarla, queda muy sorprendido al compararla con la de los latinoamericanos con sus dictaduras de las décadas de 1960 a 1980, que él había cubierto. Mientras que de este lado del Atlántico prácticamente ningún intelectual se plegó a los dictadores, en Francia el apoyo o la indiferencia ante Pétain fueron muy amplios. Todo un golpe para la imagen de la Resistencia que se había forjado. Así comenzó a

Era casi el mejor negocio del mundo: oficialmente, un dólar podía comprarse por 119,1 francos y en el mercado paralelo costaba 250. Por la rigidez del control de cambio, el francés promedio no podía acceder —o accedía con grandísimas dificultades— a los dólares con los que ansiaba proteger sus recursos

indagar sobre el tema y en 2007 publicó un libro que ha causado verdadera conmoción: *And the show went on: cultural life in Nazi-occupied Paris* (editado en español en 2013 como *Y siguió la fiesta*, un guiño al título en español de *A moveable feast* de Ernest Hemingway: *París era una fiesta*). Como el texto de su paisano Beevor, es un libro erudito, muy documentado y escrito con la fluidez de quien viene de la prensa.

Entre ambos abarcan el tormentoso período que va de la ocupación alemana a la inmediata posguerra, tocada la década 1940-1949. Los dos dan cuenta de la decepción con la Tercera República, cuya clase política llena de inconsecuencias junto a una prolongada crisis económica que no logró controlar, hizo que muchos franceses suspirasen por una dictadura, comunista o fascista, que pusiera orden de una buena vez. El apoyo tácito de los comunistas a los alemanes mientras Hitler y Stalin fueron aliados, el antisemitismo extendido en la sociedad más allá de lo imaginable hoy, el suspiro de alivio de amplios sectores cuando la Wehrmacht entra en París (como punto final a la inestabilidad y freno al posible ascenso de los comunistas), el anhelo por un hombre fuerte que lo resolviera todo (finalmente encarnado en el *Père du peuple* Pétain), la convicción de que «merecíamos esto» por la inmoralidad, el amplio colaboracionismo, la indiferencia de otros, la facilidad para adaptarse a la situación y seguir haciendo negocios, todo con-

forma el conjunto de los *années noires*, como lo titula el famoso libro de Bédarida y Jean-Pierre Azéma.

Pero los alemanes finalmente pierden. Es decir, el reacomodo que muchos franceses vieron para su golpeada república había fracasado y los problemas, ahora agravados por la experiencia de la ocupación, seguían ahí. De modo que con los aliados desfilando debajo del Arco de Triunfo retorna el clima de guerra civil imperante antes del desastre de 1940. Vienen las represalias contra las figuras colaboracionistas más notorias, al tiempo que la mayoría trata de reinventarse una

vez más, ahora como patriota, y de tejer un velo para echárselo a su pasado. Es posible, por ejemplo, que de no haber sido asesinado, el almirante Darlan hubiera conseguido algún lugar en la Cuarta República, como lo lograron casi todos los funcionarios menos conocidos que se pasaron a la Resistencia al final (por ejemplo, François Mitterrand) o que incluso nunca lo hicieron. Por supuesto, hay clamorosas evidencias de arrojo por parte de la Resistencia francesa, que no hizo sino crecer a medida que la derrota alemana se oía cada vez más cerca, con levantamientos en 1944 en los que muchos ofrendaron su vida. Que la posición acomodaticia u honestamente resignada de un gran porcentaje de los franceses no desmerece de las personas que arriesgaron el pellejo escondiendo judíos o buscando información para los aliados. El Partido Comunista enmendó la plana con actos de indiscutible heroísmo y, si bien el maquis —la guerrilla— estaba tan dividido como el mapa político francés (había comunistas, gaullistas, monárquicos, católicos), legó a su nación un testimonio de lucha que después la ayudó a reconciliarse con ella misma.

Súmesele al panorama una economía contraída y controlada —a cada contracción, un nuevo control— desde la década de los treinta, cuando la crisis global del capitalismo golpea con fuerza a Francia, hasta que en 1949 poco a poco comienza una liberalización (claro, siempre dentro de los

parámetros del sistema intervencionista de Bretton Woods), y empieza a salir del marasmo. Sucesivamente la Tercera República, el régimen alemán-Vichy y la Cuarta República aplicaron grados variables de control, en parte por la economía de guerra y en parte por oposición doctrinal a las libertades económicas (y a las libertades de todo tipo). Por ejemplo, había un férreo control sobre los alquileres (por lo que era un problema conseguir un apartamento en París), sobre la comercialización para evitar desabastecimiento

El mercado cambiario paralelo y los delincuentes disfrazados de militares (o los militares actuando francamente como delincuentes, del *reichsmarschall* para abajo) parecen tener una relación más estrecha con el desmoronamiento de las instituciones republicanas y democráticas que con los bombardeos

(y entonces la gente se iba al campo los fines de semana y compraba todo directamente a los campesinos para consumirlo o revenderlo a precios estratosféricos), sobre el cambio (y los soldados estadounidenses se llenaban los bolsillos en el mercado paralelo), sobre las importaciones (y, una vez más, hubo soldados estadounidenses que aprovecharon su bien aceitado sistema de compras por correspondencia para pedir de todo desde su país y revenderlo en Francia).

Era el ecosistema perfecto para las mafias, antes y después de la liberación. El estraperlo llegó a ser tan buen negocio que por un momento los narcotraficantes —entonces la cocaína era un mercado incipiente, pero en expansión— cambiaron de rubro: entraron en contacto con soldados aliados para que les consiguieran productos racionados en sus almacenes y así venderlos con sobreprecio. A veces iban más allá, y algunos delincuentes les alquilaban los uniformes y las armas para salir a atracar. Una táctica común era inventar alcabalas falsas en las carreteras. Pero el delito de cuello blanco era aún peor. Un caso interesante fue el desarrollo del mercado del arte. Tan pronto como en octubre de 1940 el gobierno colaboracionista francés promulgó el Estatuto de los Judíos, muchas galerías de hebreos fueron «arianizadas» (es decir, pasadas a nuevos propietarios franceses o alemanes «arios», al principio compradas a precio de remate, después simplemente confiscadas). Pronto se

sumaron las confiscaciones de colecciones de judíos que habían huido o sido deportados. Muchas obras pasaron al mercado negro, bien porque sus dueños las vendieron buscando recursos para huir, bien porque fueron sustraídas por funcionarios o bien porque las autoridades premiaban a los delatores con parte del botín. Entre los mejores clientes de los *marchands d'art* estaban, por ejemplo, Adolfo Hitler y Hermann Göring. Y no se andaban por las ramas: en cierta ocasión la Galerie Charpentier presentó una colección

de objetos medievales y del Renacimiento sobre cuya procedencia, como en todos los casos, nadie preguntó. El *reichsmarschall* Göring la compró completa: una demostración de lo que era ser un buen cliente. En otras ocasiones, cuando se «negociaba» *entartete Kunst* («arte degenerado»; es decir, moderno, en el lenguaje de los nazis), los ocupantes tenían un poco más de escrúpulos: no ostentaban sus adquisiciones en público, pero las reservaban para venderlas en el exterior.

El expolio de las colecciones de familias judías es solo un episodio de la indiferencia o la complicidad —interesada o ideológica— de muchas personas con el régimen de ocupación y la *Révolution nationale*. En todos los sectores parecía haber personas dispuestas a ocupar los cargos o los negocios que los judíos deportados o emigrados habían dejado, incluso meterse a vivir en sus casas, sin que eso generara mayor sonrojo. Y eso, hay que subrayarlo, ocurrió en un país donde la tasa de judíos sobrevivientes fue especialmente alta, en parte porque muchos otros franceses estuvieron dispuestos a esconderlos o darles papeles falsos (que a un buen precio se conseguían). Baste el dato para pensar en cómo fueron las cosas en Alemania, Hungría o los Países Bajos, por sólo poner tres lugares de antisemitismo más amplio.

En fin, la lista de temas y datos puede ser mucho más larga, pero, ¿por qué nos interesa tanto en este momento? Porque releer estas y otras cosas en la Venezuela de 2013 da muchos

motivos para pensar. Por una parte la ocurrencia de fenómenos similares en otros tiempos y otras latitudes ayuda a entender su naturaleza, más allá de que una experiencia no pueda extrapolarse directamente. Venezuela no tiene la guerra, pero sí muchos de los problemas de la Francia de los años cuarenta —quiebra de la república, bancarrota de la economía, crisis ética— con, como hemos visto, bastantes de sus efectos. Su naturaleza y dimensión son las que ayudan a esclarecer la lectura de los libros reseñados, las lecciones que podemos sacar del país sometido por los nazis y que después se restreña sus heridas con la liberación.

El mercado cambiario paralelo y los delincuentes disfrazados de militares (o los militares actuando francamente como delincuentes, del *reichsmarschall* para abajo) parecen tener una relación más estrecha con el desmoronamiento de las instituciones republicanas y democráticas que con los bombardeos, que a lo sumo lo potenciaron generando más caos. La laxitud moral, los negociados, el reacomodo para sobrevivir, la codicia sin referentes éticos, también parecen tener una relación más esencial con los gobiernos de fuerza, autoritarios, en medio de la inopia, que con la guerra en sí (que, acá también tan sólo potenció estas actitudes). Es decir, dentro de la guerra hubo otros conflictos, tanto o más graves que las batallas; de hecho, los conflictos que hicieron peores esos combates. Los conflictos que con más urgencia deberíamos estudiar, por mucho que sean menos emocionantes que el Día D.

¿Hay alguna pista alentadora en la experiencia francesa? Beevor señala al menos una, apenas un hilo tenue: como el mercado negro finalmente se salió de cualquier control y todos convivían con él, el gobierno optó, manteniendo hasta donde pudiera las formas, por dejarlo actuar con impunidad. Así, cuando en 1949 comienza la liberalización, ya tenía un mercado funcionando que poco a poco comenzó a crecer y que con el Plan Marshall hizo que Francia retomara el camino. No es posible saber si ese será el desenlace de nuestra propia y desoladora «guerra mundial». Todo depende del camino que en adelante decidamos seguir. ■